
Joaquín Abellán

La república de Maquiavelo.

Rafael del Águila y Sandra Chaparro. Madrid, Editorial Tecnos, 2006, 287 págs.

Comprender a Maquiavelo en su contexto es el objetivo de este libro. Es esta una tarea que a los autores del mismo se les presenta como especialmente necesaria después de las múltiples interpretaciones sobre la obra del florentino, caracterizadas muchas veces por el sesgo unilateral de su tratamiento —Maquiavelo como desnudo estratega del “viva quien vence”, como destructor del orden cristiano/humanista, como un moralista de nuevo cuño, como científico de la política, como nacionalista o emancipador del pueblo, entre otras—. Los autores quieren exponer a Maquiavelo como producto del renacimiento italiano, entendiendo a este último como una situación histórica en la que se da forma teórica y práctica al individuo libre como sujeto de la acción política —y de la acción humana en general—, al mismo tiempo que se configura un nuevo sistema de poder más sólido y contundente tras el desmoronamiento de las relaciones de poder anteriores. En este estrecho intersticio entre libertad y control es donde sitúan los autores la obra de Maquiavelo. Para realizar esta tarea contextualizadora los autores aportan noticias biográficas, referencias históricas de distinta índole y sobre todo el perfil del contexto intelectual, en el que se destaca no sólo el debate de Maquiavelo con sus contemporáneos sino también el tratamiento histórico de los conceptos fundamentales que utilizan. El lector puede captar así, en no muchas páginas, las innovaciones, las rupturas y las transformaciones conceptuales que Maquiavelo realiza respecto a la tradición de pensamiento establecida.

El núcleo del libro —del capítulo III al capítulo X— consiste en la exposición y análisis de tres personificaciones políticas, de tres tipos de figuras políticas, descritas por Maquiavelo: el príncipe nuevo, el fundador y el ciudadano republicano. En torno a

estas tres personificaciones se reúnen los datos, los conceptos fundamentales con que opera Maquiavelo y la historia de los mismos, así como las aportaciones al respecto de las múltiples interpretaciones que manejan los autores. El último capítulo, “Maquiavelo... entre nosotros: ética, política y tragedia”, constituye una exploración directa de la cuestión de la escisión entre el mundo político real y el reino del deber-ser en discusión con las tesis de Maquiavelo.

En la exposición de la figura del príncipe nuevo —el que introduce nuevas instituciones y nuevos modos para fundamentar su estado y su seguridad— los autores destacan la originalidad del método de análisis empleado por Maquiavelo, del que él mismo era plenamente consciente en relación con sus contemporáneos u otros escritores anteriores. Él quería ir directamente a la verdad real de la cosa, en vez de ir a su representación imaginaria, como señala en el capítulo 15 de *El Príncipe*. Y este enfoque analítico generará un enfrentamiento radical con la tradición y con quienes sacaban provecho del antiguo orden de cosas. Con el príncipe nuevo y su modo de actuación —su estrategia— se plantea ya la herida —de difícil curación— que introduce Maquiavelo en el análisis de la vida política: en ocasiones el mal produce buenos efectos políticos. Y es aquí donde los autores ubican la tesis más conocidas del antimachiavelismo, que entienden básicamente a Maquiavelo en términos de pura estrategia política desnuda. La separación de Maquiavelo respecto a la tradición cristiana sobre el gobernante político se consuma con su preferencia por el modelo antiguo de gobernante y el abandono del modelo de príncipe cristiano. Como ejemplo de príncipe nuevo se analiza a César Borgia (1475-1507), disipando los autores cualquier duda sobre quién era para Maquiavelo el “modelo a imitar”. El estudio de las observaciones de Maquiavelo sobre César Borgia suministra además otro elemento que integra el perfil del príncipe nuevo: no equivocarse. Para Maquiavelo el reproche máximo que cabe hacerle al duque es precisamente que se equivocara.

En el análisis de la figura del fundador destacan los autores que Maquiavelo se refiere con esta personificación no sólo al ámbito político estricto, es decir, al creador de un reino, sino también al creador de una religión o al héroe militar que se impone ampliando sus dominios. El fundador crea un orden nuevo, decide lo necesario para generar ese orden, en una situación de excepcionalidad y con los medios convenientes para esos objetivos. Al analizar más en detalle los medios que utiliza el fundador aparecen la autonomía, la *virtù*, y también la crueldad para conseguir sus fines. El análisis frío de Maquiavelo lo ven plasmado los autores en los ejemplos de Rómulo, el fundador de la ciudad de Roma, y en Bruto, el fundador de la república romana. La muerte de Remo en el primer caso y la condena a muerte de los hijos de Bruto por su propio padre en el segundo no reciben ningún reproche por parte de Maquiavelo, pues aunque sus actos les acusan, los resultados les excusan, como señala en el *Discurso I, 9*. Otro elemento característico de los fundadores es que siempre reconocieron que lo que había que poner por encima de cualquier otra cosa era el bien común. Tanto el fundador

como el príncipe nuevo son figuras innovadoras: el fundador da forma y el príncipe nuevo reforma, en el sentido de que reconduce a la comunidad hasta que ésta se encuentre con los valores que hicieron posible la fundación de su cuerpo político. Ambos están muy próximos, comparten un alto nivel de identificación según los autores del libro. Y por eso discuten finamente las tesis de Pocock al respecto.

La figura central del pensamiento maquiaveliano es para los autores, sin embargo, el ciudadano republicano. En su análisis presentan con claridad la importancia del pueblo como fuerza política y precisan que se trata del poder del pueblo, no de los derechos del pueblo. No dejan lugar a duda de que Maquiavelo no es un teórico moderno que considere que la soberanía resida en el pueblo o que piense que éste tenga unos derechos inalienables que se convierten en criterio de legitimación del poder —como dirán los iusnaturalistas después—. Cuando habla de la libertad del pueblo o de los ciudadanos se trata de la “libertad negativa”, pues no habla de derechos individuales, los cuales no se distinguen aquí de los deberes cívicos. Los autores tienen presentes aquí especialmente las aportaciones de Quentin Skinner y de Mauricio Viroli, que analizan y matizan en su caso. Tras el análisis más pormenorizado del republicanismo de Maquiavelo, el lector encuentra sintetizadas las tareas del ciudadano en las tres siguientes: la protección de la república, la consecución de la libertad ciudadana y el logro de la grandeza y de la gloria cívicas.

Al presentar los tres tipos de figuras políticas maquiavelianas los autores van explicando los conceptos fundamentales con que Maquiavelo registra la realidad, dándole un peso importante a la historia de estos conceptos. Esta perspectiva, siempre presente en el libro, le dota de una especial luminosidad por cuanto el lector puede ubicar fácilmente la aportación teórica de Maquiavelo y su significación respecto a la tradición establecida. Por ejemplo, cuando los autores presentan la figura política del “fundador” y señalan que la creación de una comunidad ciudadana virtuosa implica la existencia de una figura de autoridad inician un análisis del recorrido histórico del concepto de “auctoritas”. Se remontan a la antigüedad romana y van desgranando los distintos “estratos” de significado registrados en el concepto: la diferenciación de la “auctoritas” respecto a la ejecutiva *potestas*, el contenido educativo de la “auctoritas” en el sentido de que los *maiores* representan un ejemplo de grandeza para las generaciones siguientes, la proximidad de la “auctoritas” a una veneración de carácter religioso, su dimensión de nexo de unión entre las generaciones en el sentido de que la autoridad de los vivos derivaba de los muertos, del pasado. O cuando los autores abordan la historia del concepto de libertad —que es el fin político por excelencia para Maquiavelo—. Presentan entonces el significado de la libertad cristiana —ajena a la acción política—, y el de la formulada por los renacentistas que retoman contenidos semánticos clásicos, destacando la tensión entre libertad y tradición. O cuando los autores se ocupan del concepto maquiaveliano de *virtù*. Para ellos es especialmente relevante mostrar las diferencias entre el significado que tiene en Maquiavelo y el establecido en una larga tradición, y por eso

exponen el largo recorrido histórico del concepto. Acuden al análisis de la *phrónesis* aristotélica —como la actividad racional que guía la acción concreta, la toma de decisión en la vida práctica, sea del individuo o de la colectividad—, de la *prudentia* cristiana —virtud cardinal que, aun teniendo muchos elementos de la *phrónesis* aristotélica, apunta, sin embargo, una diferencia importante: en la *prudentia* cristiana el criterio justo para la acción concreta sólo puede ser hallado a partir de la adecuación con las reglas prefijadas de la ley divina—. Y finalmente se ocupan del concepto humanista de *virtù*, como sinónimo de gallardía, fortaleza de ánimo, destreza, ingenio y la astucia, del que Maquiavelo está próximo. Pero éste se separa también de ellos y de la tradición ciceroniana al incluir dentro de la *virtù* el empleo de la fuerza bruta y el engaño. En este análisis histórico de la *virtù*, los autores no dejan de tomar en consideración las aportaciones de Jakob Buckhardt (*virtù* como estrategia del sujeto) o de Hannah Pitkin (sobre la metáfora de lo masculino y lo femenino en la relación entre *virtù* y fortuna), las reflexiones de Mauricio Viroli (ambición, deseo de dominar) o las sugerencias de Isaiah Berlin sobre la ética que está implícita en la *virtù* maquiaveliana o, evidentemente, las aportaciones de Quentin Skinner. Es interesante cómo los propios autores muestran las vacilaciones de Maquiavelo en el uso de la *virtù*, a propósito del cap. 8 de *El Príncipe*. El recorrido histórico se cierra con todos los otros ingredientes de la *virtù* en Maquiavelo, en los que se incluyen, por ejemplo, la actividad militar y la guerra. Pero el lector no se pierde ante estos datos, interpretaciones y matizaciones, pues los autores logran sintetizar la complejidad del concepto a tres aspectos fundamentales: la *virtù* implica 1) una acción positiva con fuerza, si hace falta para enfrentar la fortuna, la ambición y la malignidad; 2) una autodisciplina sobre las pasiones naturales; y 3) una adaptabilidad a los movimientos del mundo, es decir, una capacidad para amoldarse a los cambios.

Por la significación histórica que ha tenido en las interpretaciones sobre Maquiavelo merece la pena todavía mencionar el tratamiento de la religión en su obra. El libro habla básicamente de ella en el contexto de la figura del “fundador” y de su creación de un orden de ciudadanos libres. Los autores transmiten con claridad los elementos positivos que Maquiavelo encuentra en la religión y lo que rechaza de ella, concretamente del cristianismo. La función que le gusta de la religión la encuentra Maquiavelo en la Roma antigua: le llaman la atención especialmente los fundadores que crean religiones y las dirigen. Pero la religión que Maquiavelo admira es la religión en la que los vínculos con la divinidad pueden servir para el fortalecimiento del vínculo político, una religión que no rechaza el uso de la violencia en la práctica política, una religión que llegue al corazón de los ciudadanos donde no sea suficiente la mera coacción legal. Considera positiva la religión que, por el temor a la divinidad que infunde, favorece la disciplina militar y ayuda en las relaciones —de guerra— entre los Estados. En definitiva, la religión apuntala la moralidad necesaria para la política. Esta función positiva no deja de verla en el cristianismo antiguo, anterior a la corrupción de la Iglesia medieval, reconociendo su importante papel para religar a los hombres unos con otros y con la tie-

rra de sus ancestros. Pero, sin embargo, desprecia del cristianismo su pensamiento basado en trascendentalismo y en el idealismo, que Maquiavelo considera poco realista. Le critica igualmente la combinación que había hecho de fe cristiana y política, por entender que esa mezcla confusa corrompe la fe y la política al mismo tiempo, y le reprocha sobre todo que no fomente, ni deje prosperar, la grandeza y la gloria de la república, como escribe en el *Discurso II, 2*.

El último capítulo del libro presenta, como dijimos al principio, una reflexión sobre la escisión entre el mundo político real y el reino del deber-ser, reflexión que los autores realizan en discusión con las enseñanzas de Maquiavelo. La discusión parte de una recapitulación de las enseñanzas de Maquiavelo, que se pueden resumir en tres: 1) la primera es la aportación de Maquiavelo a una “teoría” de la acción política. Maquiavelo, con su método de ir a la “verdad real de la cosa”, muestra la complejidad de la acción y formula una lógica consecuencialista: la acción política, que tiene como objetivo la consecución del *vivere civile e libero*, tiene que guiarse por la toma en consideración de sus resultados. Pero como la realidad muestra que la búsqueda de resultados buenos no evita que los medios puedan ser peligrosos moralmente, la visión maquiaveliana del mundo es de carácter inevitablemente trágico: del mal puede salir el bien y del bien puede salir el mal. Y como no se puede evitar absolutamente el mal, habrá que optar por el mal menor. En este sentido hablan los autores de entender a Maquiavelo en clave prudencial. 2) La segunda aportación es su consideración del poder político ciudadano como un ámbito en el que sean posibles nuestros deseos de justicia y de un mundo libre digno. 3) Y la tercera enseñanza de Maquiavelo es la educación para la vida política.

Respecto a la primera aportación señalan los autores que el problema está, efectivamente, en que los medios técnicamente adecuados para lograr el objetivo sean contrarios a los valores morales de modo que la acción se realice transgrediendo nuestra ética. Es decir, el problema está en que los medios que conducen a un fin, pero son también parte del fin, no pueden ser de tal índole que su puesta en práctica destruya el objetivo a conseguir. Para los autores surge ya aquí una primera limitación en cuanto a la tolerabilidad de los medios, derivada de los propios fines que se quieren lograr. Ilustran esta afirmación con algunos ejemplos: en un ámbito republicano, la acción política no puede deshacer las condiciones de la libertad; una violencia continuada destruye las bases de la convivencia; el engaño sistemático elimina las condiciones de confianza mínima necesaria para asentar la autoridad de las instituciones libres. Es decir, cuando el fin es establecer un contexto de libertad, de deliberación, no se pueden utilizar medios que las estén destruyendo. Pero los autores señalan que el nivel de tolerabilidad de los medios debe ser construido una y otra vez por nosotros mismos, sin que quepa acudir a reglas perfectas que nos eviten tener que elegir. No existe un ámbito moral o de otro tipo capaz de frenar desde fuera los abusos de la política. Es precisa la reflexión para educar constantemente nuestra sensibilidad moral y política y elaborar los límites de lo

tolerable. Y en este punto sugieren los autores que hay que «guiarse por las consecuencias para tratar de alcanzar aquellas consecuencias que integren principios con los que podamos sentirnos satisfechos».

Respecto a la segunda aportación de Maquiavelo creen que no hay una adoración del poder; que el poder va asociado a la capacidad para actuar, y que para mantener esa capacidad hay que aceptar los costes de mantenerla, el dolor, la transgresión, la violencia, que también gobierna nuestra vida. Pero el poder es entendido como una actividad transitiva, que no se queda en quien lo ejerce, sino que va dirigida al logro de ese resultado del *vivere civile e libero*. Y respecto a la tercera aportación —la educación para la vida política—, señalan que la tarea de la educación del ciudadano sería prepararse para crear un mundo en el que el crimen no pague: construir un mundo en el que el uso de la violencia o la crueldad no pague. Entonces sí podremos hacer que esos medios estén vedados a cualquiera. Este proyecto educativo cívico se asienta en la renuncia a aplicar trucos que disimulen o armonicen falsamente el dilema en el que estamos atrapados, pues hemos de aceptar que incluso la actuación guiada por un juicio que tome en cuenta las consecuencias no puede garantizarnos el logro de nuestros propios fines y que, como el mal no queda nunca erradicado, hay que aceptar la idea de tener que elegir el mal menor. Maquiavelo sí enseña en ese sentido a mirar de frente a la realidad del mundo y a no ocultarla bajo un imaginario velo de racionalidad moral.

Y una última consideración para terminar. El libro de Rafael del Águila y Sandra Chaparro, además del conocimiento articulado que suministra sobre la obra política de Maquiavelo, constituye un ejemplo excelente de cómo abordar un clásico desde hoy, mostrando su actualidad y sus límites. El libro es, por otra parte, resultado de un ejercicio de honestidad intelectual en el que los autores van mostrándole al lector con transparencia y finura su análisis crítico de las muy numerosas lecturas realizadas.

JOAQUÍN ABELLÁN
UCM